

Los caminos al padre

Comentario sobre el film *Karakter*, de Mike van Diem

Eduardo Laso

¿Qué es lo que un hijo hereda de un padre? ¿Qué es lo que un padre dona a un hijo? *Karakter*¹ del realizador holandés Mike van Diem constituye un film ejemplar para pensar el problema de la apropiación por parte de un sujeto de aquello que un padre dona: la ley que rescata al sujeto del sometimiento a la demanda del Otro, pero también su goce, sus fallas, sus pecados. Ambientada a comienzos de siglo en una ciudad de Holanda, cuenta la historia de Jacob Katadreuffe. El centro de la trama gira en torno de una indagación policial donde se trata de saber si él es responsable de la muerte de Arend Barend Drevenhaven, un oficial de justicia que es también su padre. Padre que le ha negado el reconocimiento como hijo desde que nació, ya que la madre se niega a casarse con él. La investigación irá reconstruyendo para el espectador la historia de Jacob, historia atravesada por un problema que podría enunciarse así: ¿cómo puede Jacob Katadreuffe llegar a Drevenhaven? Tal pregunta encierra dos cuestiones: la de cómo puede Jacob relacionarse con aquel que sabe que ha sido su progenitor, y cómo puede llegar a inscribirse en la línea filiatoria como Drevenhaven. Cuestiones que del lado imaginario -la relación con ese otro que es este amargo y siniestro juez de justicia- y simbólico -la sustitución del apellido que lleva por el lado materno por el apellido del padre- convergen en el problema de lograr restablecer una vía de filiación dañada en la prehistoria de nuestro sujeto, y tratar de hacer de Katadreuffe un padre para él que le permita salir de una existencia demasiado ligada a una madre silenciosa y triste, y un entorno de pobreza económica y simbólica. Cuando los policías le preguntan si Drevenhaven es su padre, Jacob responde que él lleva el nombre de su madre. Respuesta reveladora del drama de Jacob y del hecho de que la relación sexual y la gestación no alcanzan para constituir la filiación a un padre.

Al comienzo del film, Jacob es detenido por la muerte de Drevenhaven, sospechoso de haberlo matado, ya que fue la última persona en haber estado con él. La escena de interrogatorio policial deviene poco a poco en algo muy parecido a una sesión. Y esto porque los policías que lo interrogan -se trata de un

¹ Van Diem, M., *Karakter*, Holanda, 120', 1997.

film- lo escuchan, y siguen el relato de Jacob en su lógica, sus oscuridades e inconsistencias, cuestionando con sus preguntas el armado mismo de la construcción de Jacob.

Durante gran parte del relato asistimos al mito con el que Jacob ha construido una manera de dar sentido a la ruptura vincular con su padre. Mito neurótico, en el que el padre es un ser malvado, poderoso y oscuro, cuyo afán es destruirlo, y con el que establece una rivalidad mortífera de la que él mismo no puede alcanzar a desentrañar su lógica. Es que la rivalidad con Drevenhaven será para Jacob un modo posible de seguir vinculado a su padre. Tanta más pasión hostil pone Jacob contra Drevenhaven, tanto más se denuncia su deseo querer hacerse un lugar como hijo de él. Y si el padre es para Jacob un personaje tan terrible, es que se trata de conjurar el silencio mortífero de su madre Jacoba, mujer que no le dice nada acerca de él y de su padre. Por lo cual necesita un Amo que esté a la altura de contrapesar ese abismo sin medida que es el deseo materno.

En este mito de los orígenes hay una ama de llaves llamada Jacoba y un oficial de justicia para quien trabaja llamado Drevenhaven, que tienen una relación sexual ocasional. Nunca sabremos si él abusó de ella, o si ella deseó esa relación, o qué ocurrió entre ellos. Sólo sabemos que esa relación no cambió nada el silencio entre ellos durante las semanas siguientes, hasta que un día ella hace las valijas y le informa que está embarazada. A este anuncio, Drevenhaven le responde con un ambiguo “¿y?” que puede ser entendido como de indiferencia, o bien de no comprensión de la relación entre el embarazo y la decisión de ella de irse. Ella se va, no pide ni reclama nada, y nada ocurre hasta después del nacimiento del hijo, que será bautizado con el mismo nombre de la madre: Jacob Katadreuffe.

La madre de Jacob es un enigma. ¿Qué quiere Jacoba? Se muestra indiferente a los reclamos de Drevenhaven de casarse, a quien no quiere deberle nada, por lo que rechaza las ofertas de ayuda monetaria -aceptarlas implicaría el reconocimiento de un vínculo entre Drevenhaven, ella y su hijo-, es fría y muda con Jacob, y se rehusa a tener otro hombre en su vida. Ella no quiere a Drevenhaven como esposo y padre de Jacob. “*No necesitamos nada de él*” es todo lo que dirá, cerrando la entrada a ese padre en la vida del hijo.

El padre de Jacob, Arend Barend Drevenhaven, es un oficial de justicia hosco, violento y amargado. Es descrito por Jacob como “*la ley sin compasión, la maldición de los pobres*”, ya que se dedicaba a desalojar indigentes de propiedades que no podían terminar de pagar. Drevenhaven cumple kantianamente con la ley que representa, mostrando que cuanto más estricto se es con ella, más encuentra su satisfacción tendencias sadomasoquistas encubiertas bajo la legalidad. Su celo en hacer

cumplir la ley a rajatabla, dejando de lado toda piedad, recuerda al personaje de Javert de *Los Miserables* de Victor Hugo, otro suicida.

Drevenhaven es alguien que se identifica con la ley que representa. Por eso lo que le sucede con Jacoba lo desestabiliza. Jacoba tiene un hijo que sabe que es de él, pero ella decide no ordenarse en la ley de los buenos usos y costumbres morales de la época, ni inscribir su hijo en la línea filiatoria de ese padre. Y esto a Drevenhaven lo enloquece. Con Jacoba él no puede. El insistirá en proponer mantenerla, en casarse con ella, en ordenar las cosas legalmente. Pero su pregunta “¿cuando nos casamos?” es de una formalidad vacía, como todo lo que hace como funcionario. Si quiere casarse con ella no es por amor, sino por deber.

Y el rechazo de Jacoba ¿es porque espera eso que el amor exige: dar lo que no se tiene, para acceder a así a su demanda? No parece tratarse de eso. Un vecino joven y viudo se le declara una noche ante una inmutable Jacoba que sólo le dice que lo va a pensar, para dejarlo al poco tiempo en la estacada. Jacoba no quiere tener nada con los hombres.

La obsesión de Drevenhaven por doblegarla para hacerla entrar en el marco legal del matrimonio se potenciará con cada negativa de ella, hasta volverse un combate interminable entre dos caracteres empeñados en no ceder en sus posiciones. El drama para Jacob y para Drevenhaven será que mientras el primero buscará a su padre, éste a su vez buscará a Jacoba, y para ello se valdrá de los esfuerzos del hijo por vincularse con él, creyendo que haciéndole la vida difícil, no comportándose como padre, obligará a ella a ceder en su obstinación. Es como si en su severidad a Jacob le enviara a Jacoba un mensaje: “*tú rehusas casarte conmigo, así que yo no me comportaré con Jacob como si fuera mi hijo hasta que no cedas en tu decisión*”. Drevenhaven cree que sólo desde la ley jurídica puede ser padre. De ahí que hasta que su relación con Jacoba no se ordene por ley, él no se reconocerá como padre ni va a reconocer a su hijo como tal. La paradoja es que ensañándose con Jacob, ambos logran establecer un vínculo entre ellos en una encerrona de inclusión por exclusión que se vuelve mortificante.

El insulto “*bastardo*” que Jacob recibe en el colegio de niño lo lleva a preguntarle a la madre por la ausencia del padre. “*No necesitamos nada de él*” es la respuesta lapidaria que recibe. Respuesta que rechaza el lugar del padre así como la pregunta misma del hijo o su misma necesidad. El efecto de este rehusamiento del Otro a esta interpelación justa no se hace esperar: a la siguiente vez que le dicen “*bastardo*”, Jacob casi mata a su compañerito en un ataque de furia. El acting del hijo no alcanza sin embargo a conmover a este Otro imperturbable que es la madre, que persistirá en su silencio, mientras se

van del barrio. Jacob llenará este vacío de palabras con el siguiente sentido: él lastimó a su madre por no haberse controlado, así que de ahora en adelante se controlará todo el tiempo. También concluye que no es querido. Jacob ha hecho la experiencia de que no hay mucho que esperar de su demanda al Otro materno.

Con la mudanza, Jacob va a dar con una enciclopedia inglesa al a que le faltan algunos tomos. Esta enciclopedia, que es un compendio de todas las palabras en una lengua diferente a la materna, y que al mismo tiempo se presenta como incompleta, oficiará como un recurso simbólico de suplencia frente a la ausencia de padre y el *"silencio eterno de mi madre"*. Con ella se defenderá de la falta de palabras de la madre, traduciendo palabras inglesas que no entiende. Descifrar otro idioma le resulta a Jacob más fácil que descifrar el silencio materno, y le permitirá tener recursos para acceder a un trabajo en un estudio de abogados, o sea, cerca de la ley, esa con la que su padre tiene algo que ver.

Un día Jacob se encontrará accidentalmente con su padre. Lo verá a lo lejos, saliendo mojado del puerto y llamando a su madre. A partir de allí lo seguirá y el padre se hará seguir por él. Un episodio de robo donde Jacob se ve accidentalmente involucrado lo lleva a la cárcel. Allí le preguntan su nombre y él invoca el apellido del padre. Drevenhaven va a la comisaría, lo ve y dice no reconocerlo, librándolo a su suerte. Haberlo reconocido en ese momento habría hecho a Drevenhaven padre de Jacob. Allí donde el hijo dice *"tú eres mi padre"*, que el padre hubiese respondido con un *"tú eres mi hijo"*, habría permitido el reconocimiento de una filiación. Pero la ley jurídica es para Drevenhaven la única ley que cuenta, no así la del deseo y la de la palabra donde éste puede metaforizarse. Por eso no va a hacer lugar a la invocación de su hijo: *"tú eres mi padre, soy un Drevenhaven"*.

Se advierte que la estrategia de Drevenhaven termina poniendo su lugar de padre en la sola decisión por parte de esta madre -que no dice nada- de legalizar jurídicamente la relación entre ambos, en vez del acto de decidirse a ser padre de Jacob por medio del reconocimiento de la demanda de su hijo, o sea, por vía de un deseo de padre. Los resultados de esta posición no son menos pobres que desastrosos: sin amparo paterno, Jacob es casi violado en la cárcel, y cuando vuelva a su casa quedará identificado a la posición de su madre, repitiendo la misma frase de ella: *"no necesitamos nada de él"*. El tan poderoso Drevenhaven hace depender su paternidad del capricho de una mujer.

Sin padre, y con una madre que no le permite aprender un oficio y lo deja librado a su suerte, Jacob proyectará una vida donde no tenga que ser deudor de nadie, donde se haga sólo -al modo de su madre-. Para lo cual quiere comprar un negocio de tabaco, pero tropieza con el problema de no tener

garantes para obtener un préstamo de dinero. Así que termina endeudado con una Sociedad Popular de Créditos que, sin saberlo, es de Drevenhaven. Paradojas del proyecto de Jacob: queriendo hacerse sólo, termina haciéndose deudor de su padre.

Jacob es estafado en el negocio, y sus esfuerzos por irse de la casa de su madre fracasan. La Sociedad de Préstamos le pide la quiebra y sus pertenencias, que se reducen a la enciclopedia inglesa incompleta que le había servido como sostén y formación. Esta enciclopedia es fundamental en la vida de Jacob, ya que le permite ir separándose de su madre, ingresar en un trabajo en un estudio de abogados, y entrar en relación con otra figura paterna que sí será capaz de alojarlo como hijo: Gankelaar, abogado del estudio legal al que se dirige para resolver sus problemas de deudas.

Jacob queda fascinado con el estudio legal al que es citado por su deuda, al punto de tener una alucinación en la que el apellido *Katadreuffe* aparece escrito en la placa de entrada como parte del directorio de la firma. *"Encontré mi destino aquí, en este estudio"* confiesa. Este retorno en lo real de lo no admitido en lo simbólico apunta a hacer inscribir al apellido materno *Katadreuffe* dentro de una legalidad que además le otorgue una salida en la vida.

Jacob es admitido en el estudio cuando logra resolver una situación a partir de su conocimiento de inglés obtenido por su lectura de la enciclopedia. Esto va a confirmar su ilusión de que él se hace sólo. Gankelaar, sin embargo, es quien en verdad le da el espaldarazo para que ingrese, a pesar de la hostilidad de otros directores. Él es el contrapeso de la figura de Drevenhaven, y el padre que éste no puede ser. Le dona a Jacob la posibilidad de que crezca profesionalmente, por afecto hacia él. Va a salvarle a Jacob la enciclopedia de la confiscación con su dinero, y no especula con obtener algo de eso. Y oficiará de límite al goce a que Jacob se entrega: aquel en el que identificado a la madre, rehusa cualquier don del Otro, al mismo tiempo que se ofrece a pelear una y otra vez con Drevenhaven para hacerse maltratar por él, con la misma lógica que Freud describía en *"Pegan a un niño"*.

Luego de asistir a un mitín comunista donde escucha un discurso acerca de *"mostrarle al enemigo que no le tememos, y lo miraremos a los ojos... para defender nuestros derechos"*, Jacob va a ver a Drevenhaven. Empieza dirigiéndose a él en posición de desafío, diciéndole que no le teme, pero termina preguntándole por qué ha sido cruel con él y su madre. Este no le contesta pero le ofrece un pago de su deuda en 36 cuotas, cosa que rechaza diciendo que no le ha pedido nada y que prefiere ir a la quiebra. No es eso lo que Jacob le demanda. El dice no querer nada de él, igual que su madre. Pero de lo que se trata es de si este padre puede darle su falta. Para horror de Jacob, Drevenhaven le ofrece un cuchillo proponiendo

que lo mate. Modo de responder desde lo real a lo que no puede ofrecer desde lo simbólico, ya que si bien se trata del asesinato del padre, no es en lo real de la escena con el otro semejante sino en el espacio de la apropiación de un rasgo donado por el Otro que este “asesinato” se opera. Y es la falla misma de esta operación la que precipita el crimen en la realidad del acto homicida.²

Jacob terminará cancelando su deuda de dinero, pero dirá “*me había librado de Drevenhaven pero no me sentía satisfecho*”. El padre tampoco. Un empleado le comenta a Drevenhaven que su hijo pagó su deuda en menos tiempo del esperado, y éste replica amargado “*brindo porque eres excepcional*”. Luego de esto Drevenhaven tiene un sueño digno de *Totem y Tabú*: la muchedumbre de indigentes a quienes desaloja de sus casas se dirige a su oficina para protestar. El se aparece desnudo ante ellos esgrimiendo su placa de oficial de justicia y les dice que los desalojará en el nombre de la ley. Una mujer le grita que no tiene derecho y le arroja una piedra. La muchedumbre se abalanza entonces sobre él y lo mata a golpes.

El sueño es revelador de la posición de Drevenhaven ante el logro de Jacob: si su hijo pudo pagar la deuda, esto tiene para Drevenhaven el valor de ser asesinado, y es esto mismo lo que no soporta y le retorna en forma de pesadilla. Es lo que debería poder soportar desde un lugar de padre.

Lo interesante del film es que la escena del sueño se repetirá más adelante en la realidad de modo casi idéntico, con la diferencia que ante este supuesto Amo con pies de barro la muchedumbre no lo va a matar, sino que se retirará en silencio, reproduciendo la posición de Jacob: como si la alternativa ante la autoridad consistiera en asesinarlo o someterse masoquistamente a ella. En ambos casos se sostiene el lugar de autoridad como teniendo todo el poder. Las dos escenas revelan así el impasse de una ilusión neurótica social: aquella de que hay Amo del goce al que hay que demostrarle que uno se va a revelar... algún día. ¿pero qué pasaría si se advirtiera que en verdad Drevenhaven es un pobre tipo con una vida aplastada por el cumplimiento de la ley? ¿No se tratará más bien de reconocer su castración como la vía de salida del *odioamoramiento* en que el sujeto permanece como esclavo para sostener al Otro? Esta es la tara social a la que Slavoj Zizek alude cuando habla en su obra de la ideología³: los sujetos sostienen a sus amos en la medida en que le otorgan un lugar de poder desde donde someterse o contra el que pelear.

Jacob está atrapado en esta ilusión. No puede hacer de su triunfo con la deuda un modo de barrarlo, ni advertir que el ofrecimiento del pago en cuotas fue la manera en que este padre pudo donarle algo dentro de la rigidez de su locura legalista. Tampoco soporta saber de la locura del padre. En el fondo,

² Resulta ilustrativo para este punto el trabajo de Pierre Legendre *El crimen del cabo Lortie, Tratado sobre el padre* (Siglo XXI, México, 1994).

³ Zizek, S., *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.

Drevenhaven ya está muerto, sólo que Jacob no lo quiere saber. Es el comentario que Gankelaar hace sobre Drevenhaven: se trata de un tipo hastiado de la vida.

La incompleta Enciclopedia Británica como tesoro de saber puede habilitar para conseguir trabajo, pero no para acceder al Otro sexo. Y sin el don fálico del padre, Jacob no podrá acceder a la mujer que ama. Se enamorará de la Sta. George, pero bastará que la vea con otro hombre, para que en vez de competir por ella, se retire inmediatamente a una posición de crueldad sádica: no le dirigirá la palabra, la maltratará como un chico traicionado en su amor, y finalmente resolverá el conflicto diciéndole que ha decidido renunciar al amor para realizarse en la vía del derecho, rompiéndole el corazón, y cerrándose él mismo a la sexualidad. Años después la encontrará casada y con un hijo, mientras él pasea con su mamá. Allí él le dirá lo que su madre le dijo en una oportunidad a su padre: nunca habrá otra en su vida. Sin la donación simbólica de la potencia paterna que representa el significante fálico, Jacob no tiene legitimado ni habilitado un acceso a la mujer, quedando identificado al lugar de la madre.

Liberado de su deuda, Jacob le pide más dinero al padre, con la excusa de desafiarlo. Y acepta un contrato que lo pone en la situación de quedar expuesto al capricho del padre, que puede reclamarle el dinero en cualquier momento y dejarlo sin nada. Jacob se ofrece así masoquistamente, poniendo al padre en situación de tener que decidirse si lo quiere como hijo y lo va a reconocer, o no lo quiere y entonces lo puede despojar de todo.

Drevenhaven reclamará nuevamente la deuda para perjudicarlo y así presionar a Jacoba. Sólo que esta vez Jacob va a encontrarse con otro tipo de padre. Ante el pedido de quiebra, Jacob está tranquilo porque, creyendo tener como sólo deudor a Drevenhaven, no pueden darle curso legal al pedido. Lo que desconoce es que tiene otra deuda con Gankelaar. Éste le había salvado la enciclopedia del embargo pagando con su dinero, pero sin reclamarle a Jacob el pago. Pero esa deuda, dependerá de Jacob el tomarla haciendo de ella un don de un padre para que su destino no sea de pura pérdida -y entonces admitir no puede hacerse a sí mismo, quebrando la posición masoquista a que lo lleva el dicho de su madre (*“una deuda es una deuda”*)-, o rechazar esa donación quedando a merced de si la madre acepta o no a Drevenhaven, o si éste lo quiere de hijo. Gankelaar interviene en acto prohibiéndole ese goce masoquista, obligándole a aceptar su donación y cuestionando las palabras de la madre al marcarle el costado de sinsentido y crueldad que encierran, así como su propia participación en ese goce. Gankelaar logra transformar la encerrona de la deuda en lo propiciatorio de una donación.

A partir de esta intervención, las cosas se ordenan para Jacob y Drevenhaven: éste dejará tranquilo a Jacob para hundirse en el alcohol, la depresión y las peleas, y Jacob se recibirá de abogado. En el interín, su madre muere, y Drevenhaven cesa sus hostilidades, desapareciendo de la vida de Jacob. Esta ausencia es entendida por Jacob como maldad calculada, en el esfuerzo de seguir sosteniendo por vía de la pelea imaginaria, una relación con el padre. Dice: *“Cuando juré 4 meses después como abogado, me di cuenta de por qué Drevenhaven no había hecho nada. Había logrado lo que yo quería y al mismo tiempo nada. Drevenhaven lo sabía, lo supo todo el tiempo. Drevenhaven sabía que lo iría a ver”*. Jacob advierte la pasión inútil de esforzarse por tener un título de abogado que suplante la falta del padre. No le alcanza. Va entonces a verlo una vez más, ahora con sus títulos ganados para decirle que no consiguió castrarlo.

Lo que pasa en esta escena es fundamental: Jacob le espeta que Drevenhaven ya no existe para él porque ahora tiene su título de abogado. Pero entonces, si ya no existe ¿que hace ahí? Jacob sigue demandando a su padre inconsolablemente desde su patética bravuconería. Lo que Jacob no se espera es que Drevenhaven le extienda la mano y lo felicite. *“No puedo darle la mano a alguien que siempre se opuso a mí”* le dice. *“O te ayudó”* le replica Drevenhaven. Jacob sale y vuelve sobre sus pasos, imbuido de una locura homicida. Jacob quiere matar a este ser que no ha cedido nunca a su demanda de hijo y que ahora le dice que todo lo que pasó entre ellos fue la manera de ayudarlo, confesión tardía y patética de amor a un hijo.

Las acciones de Drevenhaven no hacen más que socavar y destruir su propio lugar de padre. Allí donde Jacob demanda un lugar de hijo, Drevenhaven le demanda que lo mate. Demanda terrible que al mismo tiempo que revela su impotencia -en vez de esa imagen todopoderosa que Jacob le supone-. También muestra su imposibilidad de ocupar un lugar de padre que le de un espacio en su vida a este hijo. Sólo con su suicidio Drevenhaven podrá legar a Jacob su apellido, dando un lugar en la línea filiatoria.